

El Amigo del Pobre

FRANQUEO
CONCERTADO

Publicación decenal con Censura Boleslástica

FRANQUEO
CONCERTADO

«Este precepto os doy: que os améis los unos á los otros como Yo os he amado.»

(Jesucristo á sus discípulos).

Quien quiera entender entienda

I

En un cuarto bajo de París, alumbrado por una lámpara que despedía abundante humo, se reunían varios niños. Sus rostros y manos estaban ennegrecidos por el hollín. Estaban de pie y con mucho silencio en el cuarto, y sus miradas permanecían fijas en una gruesa marmita que despedía un vapor oloroso, que aspiraban con el instinto y apetito propios de la edad.

—¿Volverá pronto Luis?—dijo una mujer cuya voz imperiosa y regañona turbó con desagrado la atención de sus pequeños huéspedes... Vosotros debíais estar ya dormidos.

Los niños asustados callaron.

Poco después llegó un hombre cuyo aspecto acrecentó el temor de los niños que se apiñaron unos sobre otros alejándose de él lo que podían.

—Vuélvanse todos—dijo una voz ronca y áspera;—acercaos á darme el producto de vuestro trabajo.

—Luis falta—continuó diciendo después de haber echado una mirada.—¿Si habrá perdido también ahora su jornal como el domingo?

En este momento se presentó el niño, inquieto, pálido y con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué has ganado hoy?

El niño lloraba.

—¿Responderás, perezoso?—repitió el dueño del establecimiento cogiendo un látigo, con el cual le dió fuertes golpes.

—Señor—respondió el niño torciéndose con los golpes y en medio de gritos de dolor:—señor, sabed que hoy es domingo, y que en mi país no se trabaja los domingos.

—Aquí no hay fiestas ni domingos: si yo te alimento es con la condición de que ganes para vivir.

—Señor, el cura me ha dicho cuando he salido del pueblo: «Luis, trabaja con ánimo toda la semana, pero el domingo es sólo para Dios: entrégate, pues, fiel-

mente á El en este día si quieres ser feliz en este mundo y en el otro.»

—Y á mí—replicó el amo—Dios me dijo que castigara á los perezosos que quieren vivir sin hacer nada. Vas á recibir una cena de la cual te acordarás el próximo domingo—añadió el cruel patrón, redoblando los golpes del látigo, á pesar de las súplicas y gritos delirantes del pobre niño.

Luis quedó toda aquella semana estropeado por los golpes que había recibido: no obstante, trabajó todo lo que pudo, tanto limpiando chimeneas con el ardor que permitía su débil naturaleza, como implorando la piedad de los pasajeros cuyo benévolo aspecto inspiraba confianza de conseguir alguna limosna.

El domingo siguiente salió Luis por la mañana con sus camaradas: temblaba al pensar la suerte que iba á tener; pero estaba decidido á cumplir las promesas que había hecho á su buen cura de no desobedecerle jamás, sucediere lo que sucediere. Entró en una iglesia lejana de la casa de su patrón, se arrojó detrás de un pilar, y confiando en la palabra del que le había asegurado que «Dios no deja jamás sin recompensa la fidelidad á sus leyes», rogó de todo corazón tuviese piedad de él.

La jornada pasó con la inexorable rapidez de las horas que preceden al cumplimiento de un mandato. Vino la noche; las luces resplandecían en las calles, y más de un establecimiento iluminó su brillante escaparate. El cuarto bajo y sombrío de la explotación de sus compañeros apareció á sus ojos. El viento soplabá crudo y frío, las estrellas brillaban en el cielo anunciando una ruda y cruel noche para los desgraciados que estaban sin abrigo: era necesario entrar...

Luis levantó el pestillo y se adelantó temblando. Una espesa humareda salía de la marmita; la patrona llenaba de sopa las escudillas, y el inflexible patrón, sentado delante del fuego, aguardaba al niño que él decía perezoso. El cruel látigo pendía en sus manos.

—Por fin has venido—dijo con voz

temblosa que hizo sobresaltar á los niños: ¿qué traes tú?

De un golpe de vista, Luis vió al inexorable juez, el látigo preparado y la sopa humeante, que iban á devorar sus camaradas. Las lágrimas caían abundantes de sus ojos.

—¿Señor, aquí tenéis cuatro suses que me han dado!

—Y tú trabajo ¿qué te ha producido?

—Señor, era domingo!

—¡Ah!... ¡es domingo! ¡Perezoso! ¿Has olvidado la lección del domingo pasado? Ya que ella no te ha servido de nada, esta tarde recibirás una, de la cual jamás te olvidarás y servirá de ejemplo á todos tus compañeros. ¡Eal vosotros aprovechaos y ved lo que cuesta desobedecer. Y cogiendo á Luis por los cabellos, le golpeó tan fuertemente, que el pobre niño cayó casi sin conocimiento en el suelo cuando su amo le dejó.

—Acordaos—dijo el patrón á los niños—que yo quiero ser obedecido, y ateneos á lo que venga si faltáis á mis órdenes. Ea cuanto á aquél—añadió—no os perturbará con sus gemidos esta noche. Ayudadle á levantar y ponedle en la puerta. La noche al aire libre le dará un buen consejo.

II

Arrojado á la calle el pobre niño, estropeado por los golpes y por la falta de alimento, se dirigió á una puerta y se acurrucó allí sollozando.

—Dios mío—decía,—quiero más morir que faltar á tus mandamientos.

Un hombre de edad pasaba por allí; oyó los gemidos y lamentos, se acercó y vió al niño; le hizo varias preguntas, lo levantó, y como Luis apenas podía andar, lo metió en un coche y se lo llevó á su casa.

—Ved aquí un pobre niño verdadero cristiano, mártir por la fe—dijo su protector haciéndole entrar en un magnífico salón, acercándole á una dama cuyo aspecto revelaba bondad.—Este niño no ha comido desde la mañana, y ha sido cruelmente golpeado porque rehúsa trabajar en domingo.

Se le proporcionaron al momento todos los auxilios que exige la caridad,

y pocos días después se restableció completamente sus sencillas respuestas, sus sentimientos cristianos, atrajeron la voluntad de la piadosa familia que le había socorrido: no tenía hijos, y Luis fué tomado como hijo adoptivo.

Hizo después brillantes estudios, y pasados unos cuantos años, Luis llegó á ser un hombre distinguido por su talento y virtud. El porvenir respondía á sus deseos, y Dios había recompensado en este mundo la fidelidad en el cumplimiento de los deberes, como se lo había asegurado su buen párroco.

Sin embargo, la felicidad y el lujo que le rodeaban no habían podido borrar de su corazón la suerte de su anciana madre y de la pobre familia con la cual había pasado su infancia. Ohtuvo permiso para ir á la villa donde había nacido.

Llenóse Luis de emoción al ver las montañas en cuyas faldas se hallaba el pueblecito que había abandonado, vendido por algunas piezas de plata á un cruel explotador. Sus ojos estaban deshechos en lágrimas: un recuerdo tras otro, un pensamiento tras otro surgían en su mente. Cuando llegó el carruaje fué rodeado por una multitud curiosa, en medio de la cual reconoció bien pronto á su madre, hermanos y hermanas. El buen párroco, cuyas lecciones habían echado fuertes raíces en su corazón, no anduvo menos activo; así es que al momento estrechó entre sus brazos al cristiano niño á quien Dios había tan liberalmente recompensado la obediencia á los mandamientos.

Llegó el domingo muy á gusto de Luis, deseando celebrar este santo día en la pobre, pero querida parroquia donde había aprendido á conocer y amar á Dios. Sorprendióse al ver que en aquella parroquia, como en otras, no se guardaba fielmente el domingo. Un oficial establecido en el país ocupaba gran número de obreros; las tiendas no se cerraban en domingo ni día de fiesta. El mal ejemplo había cundido. La iglesia estaba vacía. En presencia de este abandono del día del Señor, se apoderó de él una heroica resolución de reparación, de sacrificio y de amor.

—Carísimos bienhechores—dijo á sus padres adoptivos el día antes de volver á París.— el respeto del domingo, que me ha valido tan grandes favores, se pierde rápidamente, desapareciendo las antiguas virtudes, que trae consigo la observancia de este santo día. Permittedme consagrarme al servicio de los altares, á fin de poder ser misionero de la santificación del día de fiesta en mi país.

Por el momento los piadosos ancianos, que amaban á Luis como á un hijo, y que en él tenían puestas sus esperanzas, se entristecieron amargamente; pe-

ro amaban más á Dios que á sí mismos, y dieron su consentimiento para la vocación de su hijo adoptivo.—X.

En la calle

—

—¡Señor, una limosnita!

Soy un pobre jornalero
Sin trabajo, con esposa
Y con cinco pequeñuelos.
A la limosna humillante
Recurro, por que no puedo
Pasar por otro camino,
¡Precisamente por eso!

—Perdone por Dios, hermano.

Yo estoy sin familia, pero
Si usted tiene cinco hijos,
Yo cinco sirvientes tengo.
Los negocios no andan firmes,
Fugitivo está el dinero,
Y mis gastos, que son muchos,
Exceden á mis ingresos.

No me es dable socorrerle

—¡Ah, señor! ¡Le compadezco!

Si usted quiere, le permito
Que se coloque en mi puesto
Para que así solicite

El auxilio de los buenos:

—¡Señores, una limosna

A este pobre caballero

Que tiene cinco criados

Y no puede mantenerlos!

ALVARO ORTIZ

El P. Campoamor

Bien puede decirse que el pueblo católico de Gijón está de pésame.

El hombre que con su actividad y celo supo enseñarnos hasta dónde se puede llegar en el amor al prójimo, habiendo voluntad y entusiasmo por la causa de Dios, se ha marchado de entre nosotros á reponer, por prescripción facultativa, su quebrantada salud, á la capital de Málaga.

¡Pobres golfos, pobres niños abandonados á sus instintos! ¡Si los vierais llorar como yo los he visto al saber que ya no tendrían al bondadoso P. Campoamor! ¡Que quién sabe hasta cuándo estarán sin escuchar sus saludables consejos; sin la poderosa ayuda que él les prestaba en todas ocasiones, sin oírle aquellas palabras de singular dulzura con las que los atraía, los estimulaba al bien, les corregía sus defectos, propios de la falta de educación en que se habrían criado!.... Mire V., me decía uno de estos pobrecitos niños, pa mi el Padre Campoamor era la mar de güeno, mas que mi padre y que mi madre que no me hacen caso denguno. Una vez desde la carretera de Villaviciosa hasta cerca del Colegio de los Jasuitas me llevó una carga porque vió que no podía yo con ella.»

Sí, el P. Campoamor, que dejó una vida de comodidades para ingresar en

esa Compañía de héroes y santos, hacía mucho por sus queridos amiguitos. Todos sabeis que hasta llegó á pedir limosna por las calles para darles de comer, ¡hasta los curaba en sus enfermedades, algunas repugnantes y contagiosas! les proporcionaba camas donde dormir, vestidos, comida, instrucción, etc., etc. Para ellos fundó aquí las renombradas y nunca bastante alabadas escuelas del Ave-María, la Cocina Escolar.... no se, no puedo enumerar todo cuanto aquí deja como recuerdo de su amor al obrero y al desvalido. Ahí está también ese soberbio edificio, para Asociaciones obreras, próximo á concluirse en la calle de Cbrales.

Y todo esto, que es obra de su incansable trabajo, de su saber, de su grande amor por los que el mundo desprecia, ahora se ve obligado á encomendarlo á otros porque su salud perdida en estas sublimes y santas tareas no le permiten continuarlas...

Pero ¿creéis, amigos lectores, que él lo deja voluntariamente? ¡No! El quería seguir, quería morir en la brecha si preciso fuera; mas, le obligan los que le aman, los que desean que no se malogre para que, si Dios quiere, pueda mas adelante volver á la faena.....

Tengo que suspender unos momentos el trabajo, nublan mis ojos lágrimas de profunda pena por la ausencia del insigne y virtuoso Jesuita, del amigo cariñoso, del consultor acertado en todas sus advertencias.

Prosigamos:

Todas estas cosas, establecidas unas, iniciadas otras en nuestra villa por el P. Campoamor, ¿perderán se vitalidad ahora, su influencia social y religiosa? No lo creo. Inspirémonos en el fundador, ya que fieles imitadores suyos no podamos ser. ¡No; por Dios, por nuestros prójimos infelices, no permitamos que instituciones tan hermosas lleguen á desaparecer! Tal desgracia sería un golpe mortal para el P. Campoamor y para sus preferidos.

¡Adelante, pues, adelante: nuestro deber de católicos así lo exige!

¡Adios, P. Campoamor, no nos olvide en sus oraciones, no deje tampoco de animarnos é ilustrarnos con sus consejos siempre que pueda!

Obreros: aquí teneis el tipo fiel, exacto del Jesuita, del religioso. Así es, ni mas ni menos; celoso por la gloria de Dios, heroico hasta el sacrificio; amante de sus prójimos hasta el desprendimiento de sí propio; patriota, virtuoso, santo; así es ni mas ni menos y no como os lo quieren representar sus detractores, esos que precisamente obran muy al contrario que el Jesuita, viviendo á lo grande, á lo sibarita, encumbrándose á fuerza de poner el pueblo á sus pies, dándoos el mas solemne desprecio cuando para nada les hacéis falta, ¡Y estos llaman explotadores á aquellos?...

¡Qué, aun no estais desengañados? No os basta la elocuencia de los hechos que años y siglos vienen repitiéndose?

Decid entonces que preferís ser esclavos del mas odioso de los tiranos, antes que libres con la verdadera y santa libertad de los siervos de Cristo. Ya os pesará, desgraciados.

J. O. F.

CHARLA

—Oiga V., señor Cura, ¿Puede darme uno de esos Amigos del pobre que lleva ahí?

—Ya lo creo, hijo mío! Toma ¿Quieres mas?

—No, señor, no; me basta con éste. Ahora tome V. «El País» pa que se entretenga también. Trae cosas que le interesan.

—Bien, amigo mío. bien veremos las calumnias y herejías que están en turno.

—Vaya, adios, señor Cura.

—Dios te acompañe y su Madre Santísima. (1)

—Bueno, mientras llegamos á la fábrica iremos aprovechando el tiempo con este papel que dicen mis compañeros trae siempre muy buenas cosas pa nosotros.... A ver.... «Algo que merece decirse».....

«Que se enfangaba en «El Cencerro» (muy amigo mío) «El Motín» (santo de mi devoción) «El País» (mi evangelio) ú otros así, «guarda Pablo, me decía yo: con éste todas las seguridades son pocas»

«Que echaba mano á «La Correspondencia» ó sus afines «éste es un pastelero; cuidado y nada más. Que leía con ávidez los periódicos católicos; vaya, para éste los preceptos del Decálogo no están de mas»..... Bien, ahora que nadie me oye discurremos un poco sobre este parrafito. La verdad es que si me fijo despacio en mis compañeros de taller que leen «El Motín», «El País» y otros así, me resultan unos buenos puntos... y yo el primero. Siempre estamos con ganas de revolución, de exterminio, de hacer picardías de cualquier género y mientras llega ó no llega la nuestra, entretenemos el hambre y la sed, promoviendo huelgas, calumniando á todo bicho viviente, riñendo con éste, pegándonos con aquel, y en casa zurrando á la mujer por cualquier fruslería, y blasfemando á cada minuto y emborrachándonos siempre que se presenta ocasión, y trampeando aquí y allá, vaya que somos unas buenas piezas.

El portero de mi fábrica es muy devoto de «La Correspondencia», nos llama herejes, pero él es un adúltero mas grande con el amo que á veces da asco. Lo dice este papel, «dime lo que lees y te diré quién eres.» El portero lee «La Correspondencia»... es un pastelero.

Bueno, los otros... uno lee eso que llaman «La Lectura Dominical», otro «La Lectura Popular» y Pachín es el que se dedica á repartir «El Amigo del Pobre.» Yo aunque no se lo quiero, lo oigo leer de vez en cuando en el chigre de Julian que está suscrito. Pos bien, estos, la verdad, no son mala gente. Los llamamos beatos, hipócritas, fariseos, pero son unos buenos operarios y no hacen mal á nadie; á mi sí recuerdo que con uno de ellos tuve una agarrada, pero fué porque blasfemé y él me reprendió, como si le importase algo mi manera de hablar... Bueno,

(1) Histórico.

esto, no quiere decir que por el mero hecho de leer periódicos buenos y malos sea uno como ellos, pero que es lo más fácil sí; ¿no lo veo yo? Sigamos leyendo: «Consejos al obrero»..... Sí, señor es una verdad esto que aquí dice: muchos jefes medran á costa nuestra y nosotros no medramos con ellos, que se lo digan á Pablo, á Manolo el concejal y á otros que yo me conozco. ¿Pero qué borregos somos!

¿Qué dice aquí? «Una víctima de los frailes.» Ya veo que este papelito trae mucha sustancia. Hay que leerlo despacio y ya estoy llegando á la fábrica. Lo dejaré pa luego cuando vuelva á estar solo. Ahora iremos leyendo «El Motín», pa que me crean un traga-curas y no me llamen beato. ¡Rediez, le tengo mas miedo a este mote que á todos los demonios del infierno juntos!.....

Oye tú, sacristán, dice este «Motín» que uno de los tuyos, un cura, andaba en Barcelona de casa en casa dando timos á costa de unas Cofradías, pero que descubrió el caso lo metieron en la cárcel, por ladrón.

—Estoy enterado de eso. No fué uno de los nuestros sino uno de los vuestros, disfrazado de sacerdote. ¿No rectificó (?) «El Motín»?

—No.

—Claro, calumnia que algo queda. Son mafias antiguas de ese libelo.

—Pa todo habeis de tener respuesta los beatos.

—¿Beatos?... A mucha honra.

CATEQUESIS

Napoleón I, en Santa Elena.—El arzobispo de B... se encontraba en Aix-les-Bains, adonde había ido con el fin de restablecer su salud.

Un día le llamaron á la cabecera de una enferma, hija de un célebre general.

Acudió en el acto.

Era tal el fervor y dulce piedad con que se expresaba la moribunda que, al escucharla, el Arzobispo no pudo contener las lágrimas. Admirado de su extraordinaria instrucción religiosa, le preguntó dónde había sido educada.— «Ilmo. Sr. le respondió ella, despues de Dios, es al Emperador Napoleón á quien debo lo que sé. Yo vivía con mi familia en la isla de Santa Elena. Tenía solo diez años, cuando el Emperador me dijo: «Hija mía, tú eres joven; muchos peligros te aguardan en el mundo, ¿Qué será de tí si no te fortificas con la religión? Tu padre y tu madre no la tienen. Yo tomo á mi cargo el deber que pesa sobre ellos; ven todos los días que desde mañana comenzaré á darte lecciones.» Durante dos años consecutivos, asistí varias veces por semana al catecismo que me enseñaba el Emperador. Me daba lecciones y me las explicaba. Cuando llegué á la edad de doce ó trece años me dijo: «Al presente, hija mía, estás suficientemente instruida. Es menester que te dispongas á hacer tu primera comunión. Voy á pedir á Francia un sacerdote, á fin de que te prepare á tí para tan grande acto yá

mi para la muerte.» El Emperador cumplió su palabra.—*Cat. en exempl, du Frère Philippe,*

Hallándose cercano á la muerte, el Emperador se confesó, recibió el santo viático y la extremaunción. «Estoy muy contento por haber cumplido con mis deberes, dijo al general Montholon. Deseo, general, que al morir tenga Ud. la misma felicidad... Ocupando el trono, omití la práctica de mi religión porque *el poder enloquece á los hombres.* Mas siempre he conservado la fé: el sonido de las campanas me causaba placer, y la vista de un sacerdote me conmovía. Yo pensaba guardar todo esto en secreto, pero sería una debilidad... Quiero glorificar á Dios...»—*SEGUR, Contestaciones.*

Diderot catequista.—Los impíos mismos reconocen la importancia del Catecismo. Así vemos, por ejemplo á Diderot, uno de los corifeos de la filosofía impía del siglo XVIII, que sin atreverse á confiar á nadie la educación de su hija de diez años, se encargó de enseñarle personalmente el Catecismo.

M. Beauzé, amigo suyo, le sorprendió en cierta ocasión dando tales lecciones: «¡Cómo! exclamó. ¿tú enseñas el Catecismo á tu hija? ¿Te estás burlando?»

Diderot que quería ser impío con sus amigos, pero no en presencia de su hija, arqueó las cejas y respondió severamente: «Si yo conociese un libro mejor para hacer de María una niña respetuosa y tierna, buena mujer y digna madre se lo enseñaría: pero á la verdad, que en el mundo no conozco más que el Catecismo que le pueda enseñar todo esto: ¡ojalá que, para felicidad suya y mía, crea, ame y practique cuanto en él se indica!»—*Dict. de educación,*

Muchos hablan mal de la religión y no la conocen.—Yendo de viaje, un religioso encontró por compañeros en un coche á dos oficiales que, con honra y desdén, se pusieron á hablar de religión. Los desatinos que decían eran solo comparables con su impavidez. El religioso los oía en silencio, sin alternar palabras pero como los majaderos continuaban ensartando despropósitos, sea que al eclesiástico ya le faltara la paciencia, sea más bien con el fin de darles una buena lección, se introdujo en la conversación y encaminándola poco á poco al arte militar, del cual nada entendía, se soltó á hablar con tal seriedad sobre la materia, y á sustentar tan ridículas teorías que los oficiales no pudieron dejar de reír. El religioso, en lugar de darse por ofendido, se unió francamente á la risa de aquéllos. «Bien caballeros, les dijo, os burlais de mi ignorancia, y teneis razón.

Esto le pasa á uno por hablar de lo que no conoce.

Hace poco que hablabais de religión, y os aseguro que vuestros razonamientos no eran mejores que las mios sobre estrategia militar.»

Los oficiales comprendieron la lección dieron excusas al religioso, y durante

el resto del viaje tuvieron buen cuidado de ser más discretos en sus palabras.—
Cat. en exempl. du Frère Philippe.

Los amigos (?) del pueblo

¿No habeis visto jamás á la puerta ó en el vestibulo de un Hotel á dos Hermanitas de los pobres esperando limosna? Allí están, del todo envueltas en los pliegues de su manto negro, con los ojos bajos, silenciosas, modestas, con una celestial sonrisa de bondad en sus pálidos rostros.

De este modo esperaban un día, y pasando delante de ellas un extranjero—sin duda un enriquecido de la noche á la mañana,—una de ellas se dirigió á él y le pidió limosna: «Para nuestros ancianitos, si lo tiene á bien, señor.» Pronunció el tal una palabra innoble, y volviéndose la escupió en el rostro.

Firme en medio de aquella injuria, sin que una fibra de su bello rostro se conmoviera, y acordándose sin duda de que Jesucristo también se había dejado escupir en el rostro, la Hermanita se puso delante del miserable, y mientras se limpiaba el rostro: «Esto era para mí, señor, le dijo; y arguyendo timidamente la mano, añadió: ahora para nuestros pobres viejos, por amor de Dios.»

«Quedaba todavía un resto de corazón en aquel bruto; así es que humildemente pidió perdón.»

¿Te has enterado, lector benévolo? Pues, oye ahora la consecuencia que sacan los anticlericales.

¿Con que las Hermanitas de los Pobres se dejan escupir por amor á sus viejos chochos? Si, ¿eh? Pues... afuera todas las monjas.

Y que las sustituyan enfermeras laicas.

¿Tú no conoces, oh pueblo, lo que son las enfermeras laicas? Ya habrás leído nuestra historia del número anterior, pero escucha además lo que te va á decir uno que no es clerical, Máximo del Campo.

«Conozco muy bien las enfermeras laicas, las he visto maniobrando y con unos cuantos frascos de licores y trozos de salchichón en sus bolsillos.»

«Las nuevas enfermeras equivocan muchas veces la medicina; depositan otras sobre una estufa encendida á un recién nacido que les estorba; no distinguen el veneno del antídoto; así el enfermo cesa de sufrir más pronto de lo que hubiera querido.»

¿Qué tal las enfermeras laicas, amado pueblo? ¿De primera, verdad?

Pues... esas son las que quieren poner á tu cabecera cuando estés enfermo tus grandes amigos y tiernos amantes los anticlericales.

Burlas sangrientas

Moret (político desprestigiado, orador famoso, actor incomparable) ha ido á Zaragoza, ya lo saben ustedes, á *verborrear* un poco sobre eso del *bloqueo* y, por ende, á pescar tontos.

Hizo su visita á la Virgen del Pilar, como su compinche Canalejas, pues dicen que estos actos de *religiosidad* causan buen efecto en el pueblo sencillo.

Y Moret habló, no por cuenta propia precisamente sino por la *de los otros* como él afanosos de mando, y dijo que de los hombres verdaderamente religiosos se forman los buenos y valientes ciudadanos (esto está sabido de sobra). Pero despues amenazó con «secularizar todas las funciones sociales, apartándolas de toda influencia religiosa; proclamó el matrimonio civil, la secularización de los cementerios, la libertad de conciencia y de cultos, ensalzó y recomendó el anticlericalismo trinando contra la Iglesia, de modo que Moret pretende, según su discurso, hacer malos y cobardes ciudadanos.

¡Ah! se me olvidaba; *parló* también contra las sociedades caritativas. (¡Y él es fundador de una de estas instituciones en una de nuestras capitales de levante!) ¡Cuanta farsa! ¡Y todo por la ambición de ser *poder!* ¡Tienen muchos partidarios Moret y sus *traspuntes!* Dice una acreditada revista madrileña que á lo más «la chusma de desalmados, codiciosos de revueltas y de botín, que brotan de los antros de la corrupción social.

¡Qué honra para la familia!

Dime con quien andas...

Pero hay más. ¡Y cómo se burlan del pueblo estos... ambiciosos!

A un pueblo que tiene hambre, que carece de trabajo, que busca en la emigración el modo de poder vivir, porque aquí enseñanza, agricultura, industria, comercio, todo está sufriendo crisis espantosa, efecto de una mala política, le dicen sus gobernantes (?):

Admite el matrimonio civil, el matrimonio civil, la libertad de conciencia y de cultos, abomina del clero y apoya la enseñanza laica y estás salvado!....

¿Nos toman por idiotas?....

¡Es demasiado sarcasmo!

F.

Máximas que deben propagarse

¿Queréis saber lo que bebe ese borracho en la copa que tiembla en sus manos? Pues bebe las lágrimas, la sangre, la vida de su mujer y de sus hijos.

Lamennais

Un embriagado no engendra ni produce nada de provecho.

Asmial

Por el alcohol, el hombre se convierte de sano y vigoroso en enfermo y valetudinario, de amable en grosero y provocador; de bueno en perverso; y de inteligente en estúpido ó idiota, muy por debajo de las bestias montaraces.

Dr. Bernabé Mata Ecija

Notas agrícolas

Se recomienda que para obtener frutos de gran tamaño, se pulvericen éstos con una finísima lluvia de agua que

tenga una disolución de sulfato de hierro en la proporción de 80 á 100 gramos por cien litros de agua; de esta suerte se destruyen las manchas y parásitos vegetales que tantos perjuicios ocasionan al fruto, al extremo de impedir su desarrollo.

BIBLIOGRAFIA

El Excmo. Sr. D. Antolin Lopez Pelaez, Obispo de Jaca, nos ha distinguido con el envío de dos folletos de su magnífico discurso «Gratitud á los periodistas» pronunciado en la Asamblea de la Buena Prensa que acaba de celebrarse en Zaragoza.

Gratitud inmensa debemos cuantos militamos en las filas del periodismo católico á ese «hombre extraordinario, prodigio de actividad» por lo mucho que dice y hace en bien del periodista católico y de la santa obra de la Buena Prensa.

Como Obispo, como escritor, como periodista, como senador, el Ilmo. Sr. D. Antolin Lopez es celebrado de los buenos y temido de los malos.

Así dice de él «La «Defensa» de Pontevedra:»

«Por eso cuando hemos visto que un Prelado causaba estupor á los graves padres de la patria levantando su voz en pro de los débiles ya en favor de la Guardia civil ó de los músicos militares, ya en favor de los capellanes castreuses ó interesán los por los infelices repatriados, cuando observamos el escándalo farisaico con que alzó el grito la prensa liberal asombrada de que un obispo se ocupase en asuntos al parecer ajenos á la dignidad episcopal, aunque los periódicos no nos le hubiesen nombrado, nubiéramos decir: es el Obispo de Jaca, D. Antolin Lopez Pelaez.»

El perfectísimo derecho con que el ilustre Obispo prescindió en el Senado de azucaradas preguntas y alambicados ruegos le ha valido los epítetos de «mitrado medioeval, Torquemada redivivo, temperamento ardiente y peleador; de él ha dicho «El Liberal,» que es de continente duro y maneras rudas» que está dotado «de la arrogancia de un Gelmírez y del ceño adusto de un Acuña» y que en sus escritos «flamea la intransigencia con el estruendo imprecador de un Luis Veullot ó de un Leon Blais.» Dejando á un lado la intención, el periódico «trustista» ha hecho un magnífico elogio del sabio y virtuoso Prelado.»

Correspondencia Administrativa

Sr. D. J. A. F. A.—Oudillero.—Sentimos mucho que su carta no haya llegado á tiempo. No obstante, lo tendremos en cuenta para otra ocasión.

EL AMIGO DEL POBRE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Por dos reales al mes, se reciben 10 números cada diez días.

Por cada peseta de suscripción mensual, 20 números cada decena.

Incluidos gastos de correo, sin certificado.

Imp. de M. Riera, (antes de «El Popular»)